

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

DE ANDRÉS, GREGORIO.—*Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, vol. X (mss. 3027 a 5699), Madrid 1984, 557 pp.; vol. XI (mss. 5700 a 7000), Madrid 1987, 404 pp.; vol. XII (mss. 7001 a 8499), Madrid 1988, 466 pp.

La Biblioteca Nacional inició en 1953 la publicación de este *Inventario* por un equipo de bibliotecarios bajo la dirección del académico e ilustre bibliotecario don José López de Toro. La empresa, acogida con entusiasmo, llevó a cabo la catalogación de 3026 mss. que se contienen en nueve volúmenes, publicado el último en 1970. Se volvió a paralizar durante doce años, hasta que en 1982, bajo el impulso del subdirector de la B. N. Manuel Carrión, se reemprendió tan laudable labor. Se encargó de esta tarea al codicólogo Gregorio de Andrés, quien ya había dado muestras como catalogador al describir los fondos griegos de la Real Biblioteca de El Escorial y había terminado los de la Biblioteca Nacional. Con la tenacidad que le caracteriza, en solitario, bien que con la pronta y eficaz ayuda, siempre a su disposición, del excelente equipo de bibliotecarios de la Sección de Mss. de la B. N., en cinco años realizó la catalogación de unos cinco mil códices que se contienen en tres volúmenes (X-XII) del *Inventario General*.

Las descripciones son más breves que las hechas en la primera etapa ya que así fue ordenado por la Dirección, a fin de incluir mayor número de códices en cada volumen y avanzar más rápidamente en esta empresa de llegar a catalogar todo el fondo manuscrito de la B. N., que se contiene en unos 23.000 mss. Así se ha llegado a catalogar en esta segunda etapa desde el ms. 3027 hasta el 8499.

Las normas seguidas de catalogación son las clásicas. Descripción interna y externa. Por la primera se identifica al autor y su obra, que es el dato más importante. A veces no es posible por comenzar el ms. mutilo. Como también se especifican las obras contenidas en misceláneas o «papeles históricos». En la descripción externa se indica el año o siglo, material, folios, medidas, columnas a veces, procedencia, encuadernación cuando es valiosa, y algunos otros datos que pueden ser de interés para la historia del códice. El catalogador pone especial interés en señalar la edición de la obra y la bibliografía que complementa a veces la brevedad de la descripción, sobre todo cuando hay una densa bibliografía sobre el libro descrito. No es de extrañar que en esta clase de mss. de tan diversas materias se escape bibliografía dispersa en revistas principalmente. Es de esperar que al *Inventario General* sigan en el futuro catálogos especializados en materias, como medicina, jurídicos, científicos,

poéticos, teológicos, filosóficos, etc. Así ya se ha empezado a hacer, v. g. litúrgicos, americanos, griegos, hebreos, etc., para los cuales este *Inventario* ha de servir de guía.

ANDRÉS MANRIQUE

CAVALLO, GUGLIELMO, ed.—*Le strade del testo*. Bari, Adriatica Editrice, 1987, IX + 159 pp.

Este volumen colectivo recoge trabajos de diverso origen. Seis de ellos constituyeron en 1984 la sesión dedicada a transmisión manuscrita (salvo el de Carlini que es de la sesión de papirología) en el VIII Congreso de la Federación Internacional de Estudios Clásicos, en Dublín. Otros dos son totalmente inéditos (Olsen y Wilson) y sólo el de Mariotti fue ya editado en 1965. La tarea de recopilación la ha realizado el profesor Cavallo, en una muestra más de la actividad recopiladora tan de su gusto, y que tantos buenos trabajos nos ha permitido leer de forma más accesible y actualizada¹.

El sugestivo título hace referencia a los azarosos caminos que ha de recorrer un texto antiguo hasta las prensas de nuestro tiempo, siempre y cuando no lo hayamos perdido por estas intrincadas vías. Esta temática está desarrollada, en los nueve trabajos que componen el libro, en dos formas complementarias: los trabajos digamos teóricos, y aquellos que muestran la problemática de una transmisión concreta. Encabeza el volumen una «premess» del editor, donde comenta los precedentes entre los que se encuadra este libro, dentro de la disciplina de la transmisión textual, y presenta las contribuciones que contiene.

Entre los que tratan aspectos teóricos están los siguientes estudios:

M. D. Reeve, «Some Applications of Pasquali's "Criterio Geografico" to 15th-Century Latin Manuscripts» (pp. 3-10). El autor parte del concepto pasqualiano de criterio geográfico para la historia de los textos, entendido como región o centro cultural (como lo eran todo el mundo carolingio o el sur de Italia), para darle una nueva dimensión y definirlo como lugar donde se sitúa el arquetipo o aquel donde se escribió un mayor número de los manuscritos conservados. Precisamente desde este último significado presenta el autor ejemplos de aprovechamiento del criterio geográfico (especialmente de la tradición ciceroniana).

S. Mariotti, «Gli orientamenti dell'ecdotica dei testi latini antichi nel nostro secolo» (pp. 141-148). Este trabajo —originariamente publicado en latín— pasa revista a las características más importantes de la actividad de edición de textos latinos de nuestro siglo, adelantando que no hay innovaciones revolucionarias de método respecto a lo producido en siglos anteriores. Sí hay un crecimiento de la fidelidad y una escrupulosa atención a la tradición manuscrita, con colación sistemática de manuscritos antes no utilizados; mientras que en la selección de variantes las técnicas siguen siendo las tradicionales. A pesar de algunas tendencias que pretenden separar la crítica del texto de la historia de la tradición, y reducir a criterios mecánicos la

¹ Accesible por la diversidad de lugares y lenguas en los que habían aparecido antes los trabajos que no eran inéditos, y actualizada porque con frecuencia el traductor pone al día la bibliografía de las notas. Recordemos su serie en la editorial Laterza de Roma-Bari, *Libri, editori e pubblico nel mondo antico* (1975, 1984₂), *Libri e lettori nel mondo bizantino* (1982), *Libri e lettori nel medioevo* (1977, 1983₂); y el reciente volumen, también de Laterza, *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Bari 1988 —ver mi reseña en *Erytheia* 10,1 (1989).

labor de edición, reconoce el autor la existencia de filólogos que cada vez asumen con mayor rigor la necesidad de comunicación entre classicistas y estudiosos del medioevo y del mundo renacentista.

G. Cavallo, «Un'aggiunta al "decalogo" di Giorgio Pasquali» (pp. 151-155). Tras valorar positivamente el «decalogo» de doce puntos de G. Pasquali, perfectamente vigente después de más de cincuenta años de su publicación, G. Cavallo formularía así una adición al mismo: «Los caracteres materiales que connotan los vectores del texto pueden indicar en determinados casos hechos, modos y fases de su historia (y a veces de su propia escritura).» La propuesta es emblemática de la concepción unitaria de la crítica del texto y de la historia del texto —que también hemos apreciado en S. Mariotti—, en muchos casos los avatares físicos del texto, de sus diversas características técnico-librarias, y demás criterios digamos externos, pueden proporcionar informaciones capitales para la crítica textual. Para Cavallo éste es el reto al que se enfrenta la filología ecdótica de nuestros días.

Debemos renunciar en esta breve noticia a reseñar con igual extensión todos los trabajos. Los otros seis están dedicados a transmisiones concretas de textos latinos y griegos, y son los siguientes: J. Willis, «Interpolation in the Text of Juvenal» (pp. 13-19); B. M. Olsen, «Ovide au Moyen Age (du IX^e au XII^e siècle)» (pp. 67-96); O. Pecere, «Qualche riflessione sulla tradizione di Apuleio a Montecassino» (pp. 99-124); A. Carlini, «La tradizione testuale del Pastore di Erma e i nuovi papiri» (pp. 23-43); N. G. Wilson, «Aspects of the Transmission of Galen» (pp. 47-64); M. Marcovich, «The Transmission of Tatian and Athenagoras» (pp. 127-137).

Además del interés intrínseco del tema que cada uno trata, para el conjunto de la colección el interés viene dado por la variedad de problemas de transmisión que ilustran. Así, Willis y Olsen revisan una parte concreta de la transmisión por múltiples vías de Juvenal y Ovidio, porque aunque a efectos de edición se pueda hacer una selección de los testimonios, para la historia de la tradición se debe revisar cada uno sin excepción. Pecere y Marcovich efectúan el aprovechamiento de las transmisiones indirectas cuando la transmisión directa sólo se nos ha conservado por un único canal. Wilson muestra cómo es difícilmente sostenible el pretendido *canon* de dieciséis obras de Galeno, demostrando que ya desde época temprana había una articulación mucho más compleja deducible a través de la transmisión medieval.

Por último citaré el trabajo de Carlini, que supone el ejemplo más claro de análisis global de una transmisión, que revisa todos los testimonios, de los papiros a las primeras ediciones impresas (pasando por los manuscritos medievales y las traducciones antiguas) para entenderlos como un todo interconectado. Es ésta a mi juicio la verdadera enseñanza de este volumen: la comprensión del texto antiguo en toda su historia para poder realizar un análisis crítico fiable.

JOSÉ A. OCHOA

EURIPIDES.—*Kyklops*, erklärt von WERNER BIEHL. Wissenschaftliche Kommentare zu griechischen und lateinischen Schriftstellern. Heidelberg, C. Winter Universitätsverlag, 1986, 272 pp.

El A. indica en el prólogo (pp. 5-7) que va a ser conservador en el texto. Nos ofrece, luego, bibliografía: ediciones de la pieza estudiada, trabajos de crítica y explicación, lengua, métrica, comentarios (pp. 11-16).

Una buena introducción (pp. 17-39) nos pone al corriente de la evolución del

tema del Cíclope desde la épica hasta el drama satírico, con cumplida noticia sobre los problemas de escenificación del relato épico (el drama satírico eurípideo deja a Odiseo que entre y salga libremente del antro; por convención literaria los griegos no se escapan de la cueva, a pesar de que no hay obstáculo alguno, ni pétreo ni de otra índole, que les impida hacerlo; cegar al salvaje Cíclope no es en Eurípides la única vía de salvación; etc.) y de las marcadas notas atenienses del héroe (pregunta si en la Sicilia de los Cíclopes hay un régimen democrático —v. 119—; el singular simposio de iniciación es un reflejo de las costumbres atenienses de fines del siglo v a.C.; etc.). La lengua de este drama satírico ocupa un lugar relevante. El A. pasa revista a una serie de características estilísticas definidoras del drama satírico: epanortosis, aprosdóketon, aposiopesis, sarcasmo, blasfemia, amén de otras libertades. Los problemas que plantea el comentario de nuestro drama y las notas más relevantes acerca de la transmisión manuscrita del mismo vienen a cerrar la introducción. Resulta evidente que en el *Cíclope* el autor del manuscrito *P* ha utilizado el códice *L* corregido ya por Demetrio Triclinio. Para fijar el texto de nuestra pieza, aparte de *L* y *P*, merecen especial atención algunos apógrafos de *L*: *La. Laurentianus* 31,1; *Par.A. Parisinus* gr. 2887; *Par.B. Parisinus* gr. 2817.

El texto griego, cuidadosamente revisado, ocupa las pp. 41-68. Si examinamos a modo de ejemplo los primeros 250 versos, encontramos interesantes variantes con respecto a la edición de G. Murray (*Euripidis Fabulae*, Oxford 1902): v. 39 κώμω, con Porson; 93 τήνδ' *LP*; 123 ῥοάς, siguiendo a Reiske; 131 δράσεις *LP*; 145 ἀσκός *LP*; 147 ναί· δις *LP*; γε, según Nauck. Además se suprimen ciertos paréntesis: vv. 13, 75, 172; se evita la repetición del efimnio tras v.62; en el v.203 se atribuye a Sileo ἀνεχε· πάρεχε. En general, el texto ofrecido está más acorde con los manuscritos que las ediciones anteriores, resultando claro y armónico.

La parte más extensa es la dedicada al comentario (pp. 69-238). El A. ofrece introducciones apropiadas y orientadoras antes de cada división menor del drama: prólogo (pp. 69-71), párodo (pp. 80-81), etc. Las notas son altamente esclarecedoras y útiles, muy variadas (lingüísticas, literarias, estilísticas, métricas, mitológicas, históricas, geográficas, etc.), con abundantes referencias a tratados clásicos de sintaxis, estilística, métrica..., y a obras del propio Eurípides o de otros autores antiguos.

El análisis métrico de los versos líricos y de los trímetros es, a nuestro entender, de gran interés (pp. 239-259). El A. expone los esquemas métricos indicando el número de metros (dactílicos, trocaicos, yámbicos, docmios, etc.), reparando en su distribución y correspondencia, y ofreciendo cuadros esquemáticos muy ilustrativos. Así, dentro de los versos líricos, el estésimo tercero (vv. 608-623) está organizado como sigue (las cifras indican el número de metros): 4 (proemio), 12 (7+5), 12 (5+7), 2 (cláusula). Total: 30.

Tanto o más ayuda ofrece el examen de los trímetros yámbicos, lo que es muy de agradecer, pues no es usual referirse por extenso a ellos en ediciones semejantes. El reparto de los trímetros es el siguiente (las cifras hacen referencia a número de versos): 40 (prólogo), 274 (120+154) episodios Ia y Ib, 274 (108+88+32+46) episodios II y III más éxodo I y II. En suma, 588. Si nos ceñimos al prólogo, advertimos que corren parejos el contenido y la distribución en conjuntos menores (9, 22, 9), con indicadores introductorios: *vōv* (v. 2), *καὶ vōv* (vv. 10 y 32). Semejante armonía en el reparto de versos, muestra de sabia economía interna y de buen hacer poético, cabe encontrarla en los episodios y el éxodo, y dentro de ellos en los subconjuntos que los integran. Por ejemplo, las *réseis* (68 versos) del episodio segundo se

estructuran así: 27 (14+13), 14, 27 (14+13), con el señalizador *ἐπεὶ* en vv. 382 y 409.

Un índice de nombres y conceptos (pp. 262-267), y otro de términos griegos usados (268-272) acababan esta interesante edición y comentario del *Cíclope* eurípideo. Un buen ejemplo digno de ser imitado.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

DEMOSTHÈNE. — *Lettres et Fragments*. Texte établi et traduit par R. CLAVAUD. Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1987, 184 pp.

La primera parte de este libro, también la más extensa, está dedicada a las cuatro cartas que presunta y conjeturalmente Demóstenes envió a los atenienses desde Trecén y Calauria, a una quinta (la sexta de la colección) que tal vez dirigió a la Asamblea de Atenas desde algún punto del Peloponeso, adonde habría ido, en un momento crucial de la guerra Lamíaca, a desempeñar una importante misión diplomática y política, una vez alcanzada la condonación de la pena que le llevó al exilio; y a la quinta carta, dirigida a Heracleodoro, discípulo de Platón, tan espuria y falsa como las cartas de Esquines, y tan llena de hiatos y acumulaciones de sílabas breves sucesivas, que no ha encontrado defensor de su autenticidad. Sin embargo, en época alejandrina debió de introducirse fraudulentamente esta carta, que está provista de esticometría ática, en la colección de las obras de Demóstenes. Al ejemplar alejandrino remonta el ejemplar uncial del que proceden los textos de todos los manuscritos que contienen las epístolas. La edición de R. Clavaud se basa en una colación de todos los manuscritos conocidos confrontada con lecturas variantes de papiros y citas (Hermógenes, Aristides, Harpocración, el Antiaticista, Focio, el *Etymologicum Magnum*).

Como se sabe, las cartas en la literatura griega y latina —excepción hecha de las Epístolas de Cicerón— constituyen un género literario *sui generis*, diferente de lo que modernamente se entiende por género epistolar. En efecto, las cartas antiguas tratan cuestiones de general interés, y, como se rigen por las leyes de un género literario, no es de extrañar que muchas de ellas no sean más que mera literatura y aun ni siquiera auténticas. Pues bien, después de que Richard Bentley, en 1767, demostró que las cartas de Fálaris eran pura adulteración, muchas epístolas escritas en griego fueron de inmediato sospechosas de falsificación y en su gran mayoría pasaron a ser consideradas resultado de contrahacimiento. Y así, A. Schaefer y sus seguidores consideran espurias las «Cartas» de Demóstenes, y lo mismo hizo P. Treves que veía en las cuatro primeras (las de autenticidad más defendible) documentos redactados, merced al afán propagandístico de los devotos y admiradores de la figura del orador, en torno al año 279 a.C. En cambio, F. Blass sólo rechaza la autenticidad de la quinta y suspende su juicio a propósito de la cuarta. A los argumentos de P. Treves (*Athenaeum* 14, 1936, p. 153 ss.), todos ellos de índole histórica, replicaron G. Mathieu (*REA* 39, 1937, p. 375 ss.) y, más recientemente, J. A. Goldstein (*The Letters of Demosthenes*, Columbia 1959). Con argumentos lingüísticos, en 1935, H. Sachsenweger (*De Demosthenis epistulis*, Leipzig) trata de demostrar que el estilo de las Cartas II y III es perfectamente demosténico. Por el contrario, tres años más tarde, E. Mastroianni (*Sull'autenticità e la composizione delle epistole demosteniche 2 e 4*, Santa Maria Capua Vetere) presenta las epístolas II y IV como el resultado de desarrollar lugares comunes extraídos de los discursos de Demóstenes y de las cartas de

Esquines, labor que habría sido llevada a cabo por un rétor. Sin embargo, habría tenido que ser un expertísimo rétor el autor de tales falsificaciones, porque la evitación del hiato y de la acumulación de tres sílabas breves consecutivas en las cuatro primeras epístolas son, como comprobó Blass (*Die att. Beredsamkeit* III 1, p. 488) y también verificó F. Vogel (*Hermes* 58, 1923, p. 94) respecto de la carta III, tan rigurosas en las «Epístolas demosténicas» como en los «Discursos políticos» del orador de Peania. Por otra parte, que en las cuatro primeras Cartas reaparecen rasgos del estilo demosténico que se encuentran ya en los discursos es algo que ya había sido previamente señalado. Sin ir más lejos, uno puede citar de memoria expresiones favoritas de nuestro orador (p. ej. *καλῶς ποιῶν*) o metáforas que le son especialmente gratas (p. ej. *προπίνειν*, 'beber a la salud de alguien, brindar a alguien algo') o locuciones preposicionales típicas de él (*ἐν τάξει* más genitivo) o combinaciones sintácticas que le agradan particularmente (p. ej. la introducción de la fórmula de imprecação *εἰς κεφαλὴν τρέπειν* en una oración de relativo) que se registran tanto en las *Cartas* como en los *Discursos* de Demóstenes. Y es asimismo cierto que, en general, los argumentos de las *Epístolas* encajan bien con los datos que se desprenden de los discursos de los contemporáneos de Demóstenes (Dinarco, Hiperides) y de los suyos propios. El tratamiento de este tema ocupa buena parte de la edición de R. Clavaud. A continuación nos ofrece un breve estudio de la tradición manuscrita seguida de la edición y traducción de las *Cartas*. En una segunda parte del libro se exponen fragmentos de discursos perdidos de Demóstenes, así como máximas y apotegmas que él empleó en ellos y que fueron a parar a florilegios (como los de Estobeo, Máximo el Confesor, etc.) o a determinados manuscritos en que tales sentencias aparecen coleccionadas bien por temas, bien por autores.

En cuanto a la edición, hay algunas elecciones de variantes que a nuestro juicio no son afortunadas. Por ejemplo en II 8 entre *λύσατε* y *λύσαιτε* de la tradición indirecta frente a *λύσετε* de los manuscritos, no veo por qué prefiere *λύσατε*, cuando el optativo cupitivo en una oración de relativo es muy del gusto de Demóstenes.

Respecto de la traducción, hemos detectado algunos errores; p. ej., en II 7 δι' *ὀμιλίας* no se puede traducir «dans des entretiens», puesto que *ὀμιλίας* es un genitivo de singular y la locución preposicional toda ella significa «mediante entrevista privada» (cf. I 12 ἐξ *ὀμιλίας*). Y hay algunos errores de imprenta; p. ej. en II 15 se lee «ai-je émis» que traduce el griego *οὐκ εἶπον*, de lo que deduzco que debe tratarse de una falta de imprenta por «ai-je omis». Por lo demás, la edición y el estudio de R. Clavaud deben ser tenidos en cuenta por los estudiosos de Demóstenes.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

CATULLO.—*Guarnerianus 56, Escorialensis ç IV 22*. A cura di A. GHISELLI. Bologna, Pàtron Editore, 1987, 262 pp. (de ellas, 98 tablas).

A comienzos del s. xiv apareció en Verona un manuscrito, hoy perdido, de las poesías de Catulo. Era el *Veronensis (V)*, del que proceden los tres manuscritos más antiguos (exceptuado el *codex Thuaneus*, del s. ix, para el poema 62) de la obra catuliana: el *Oxonienis Bodleianus Canonicianus Lat. 30 (O)*, copiado en Italia sobre el año 1375; el *Sangermanensis Paris. 14137 (G)*, escrito en Verona en el mismo año; y el *Romanus, Vaticanus Ottob. lat. 1829 (R)*, de comienzos del s. xv. Los dos últimos (*G* y *R*) derivan al parecer de una copia, hoy perdida, de *V*, a la que se designa con la sigla *X*. Todos los demás manuscritos, que suman casi 150 (cf. D. F. S. Thomson,

Catullus. A Critical Edition, Chapel Hill 1978, pp. 43-63), derivan o son dependientes de *O*, *G* y *R*.

Sin embargo, en una tradición manuscrita tan contaminada como la de Catulo, es un poco arriesgado depender casi exclusivamente de los manuscritos más antiguos. Las ediciones basadas en el *codex optimus* han pasado a la historia en los autores clásicos de transmisión horizontal (recuérdese también el caso de la obra amorosa de Ovidio). De ahí que libros como los de Ghiselli tienen un valor muy superior al de una simple colación, pues aportan lecturas de manuscritos posteriores de indudable importancia para establecer el texto catuliano.

El libro se distribuye en tres partes: introducción, en la que se analizan los dos manuscritos (pp. 9-35); edición de los dos códices a dos columnas: el texto completo del *Guarnerianus* a la izquierda y las divergencias del *Escorialensis* a la derecha (pp. 36-160); e impecable reproducción fotográfica de todo el *Escorialensis* ζ IV 22 y una selección del *Guarnerianus* 56 (pp. 161-262).

La conclusión más significativa de la colación de Ghiselli reside en la posibilidad de que el *Escorialensis* derive del *Guarnerianus* (y no los dos de un mismo intermedio, como quiere M. Zicari, *IMU* 2, 1959, pp. 435-465); asimismo, ambos proceden de *G* y *R* y no están demasiado lejos de *O*.

El trabajo de Ghiselli representa sólo un paso, muy importante desde luego, para el esclarecimiento de la historia del texto de Catulo. Cuando se haya hecho lo mismo con todos los *recentiores*, estaremos en condiciones, primero, de trazar el *stemma codicum* en sus líneas fundamentales y, después, de intentar la edición crítica del gran poeta de Verona a partir del estudio de todo el material conocido.

Y un deseo final. El manuscrito Escorialense de Catulo, escrito en Italia, es sólo una muestra de los ricos fondos existentes en nuestras bibliotecas. ¿Por qué no multiplicamos en España las colaciones de tantos manuscritos prácticamente inéditos? Es cierto que se trata de una labor no muy brillante, pero a nadie se le escapará su enorme utilidad. Al fin y al cabo, la atención primordial de la filología debe centrarse en los textos.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

GALENO.—*Nobiltà delle arti*, a cura di IRENE GINEVRA GALLI CALDERINI. Nápoles, M. d'Auria editore, 1986, 108 pp.

Traducido comúnmente como *Adhortatio ad artes addiscendas* (*Exhortación a aprender las artes*), es el que abre la edición de C. G. Kühn (*C. Galeni opera omnia*, Leipzig 1821-1833, reimpr. Hildesheim 1965), I, pp. 1-39.

La A. nos ofrece una nota editorial (pp. 9-11), traducción italiana (13-41), texto griego de la edición de G. Kaibel, Berlín 1894 (43-66), notas (67-70), apéndice, más nota bibliográfica (71-103). La traducción italiana es correcta y se ha beneficiado de los conocimientos literarios y lingüísticos de la A., que demuestra estar al tanto de los estudios anteriores sobre el texto comentado.

El *λόγος προτρεπτικός*, o discurso exhortativo, surge hacia el siglo v a.C. En sus inicios figuran Empédocles y Alcmeón, y ya en el siglo iv destacan Antístenes, Aristipo, Isócrates, Teopompo, Aristóteles, etc., entre sus cultivadores. El contenido tradicional oscilaba entre la oratoria y el escrito filosófico. En cuanto a la estructura, sabemos que solía consistir en una primera parte de tono polémico, seguida de otra típicamente constructiva y suasoria. Este subgénero literario empezó siendo una ex-

hortación al cultivo de la filosofía, pero terminó por referirse a todas las artes en general.

La *Exhortación* de Galeno, dividida en 14 capítulos, se reparte así: utilidad de las artes (τέχναι) para el individuo y la sociedad (cap. 1-8); condena del atletismo profesional (9-14). Quizá nos falta una tercera parte, la propiamente demostrativa. Obrita dirigida a los jóvenes, resulta ser un documento extraordinario acerca de la sociedad y la cultura en el siglo II d.C. En el debate referente a la τέχνη (cap. 2-5), aparecen enfrentados Τύχη (la suerte) y Hermes, representantes respectivos de quienes rehúsan las artes y de los que las cultivan con interés.

Las artes vienen divididas en λογικαί (intelectuales), βαναυσοί (artesanales), y χειρωνακτικαί (manuales) (cap. 14). Galeno aconseja dedicarse a las primeras, entre las que menciona: medicina, retórica, música, geometría, aritmética, dialéctica, astronomía, gramática, jurisprudencia, y, además, escultura y pintura. Mantiene, por lo demás, el rechazo tradicional a las artes que suponen trabajo físico o manual. No obstante, nuestro médico afirma valientemente que un esclavo experto en cualquier arte vale muchísimo más que el amo que no conoce ninguna (cap. 6).

En extremo interesantes, sociológica y literariamente, son los capítulos 9-14, que tratan de convencer a los jóvenes de los daños físicos y materiales que acarrea el atletismo profesional. Nuestro autor, que en otras obras destaca las ventajas indudables del ejercicio físico moderado, ataca aquí duramente los excesos del atleta profesional, siguiendo la línea iniciada por Jenófanes, Eurípides, cínicos y estoicos. Recordemos que Galeno había sido médico de gladiadores en Pérgamo, su patria, y conocido perfectamente el auge de los atletas y de todo su entorno. Para él, el atletismo profesional no es un arte, no persigue un fin útil para la vida, sino que resulta ser un «arte inútil», «malo» (ματαιοτεχνία, κακοτεχνία) (cap. 9), según una serie de reflexiones fisiológicas, éticas y sociales. Para demostrar el carácter nocivo de tal atletismo Galeno acude a sus conocimientos y prácticas como médico, y, además, echa mano de toda su profunda cultura literaria.

En suma, estamos ante una recomendable edición, traducción y comentario de una obrita de Galeno sumamente sugestiva en nuestros días, de lectura agradable y exposición clara y amena.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

GALENO.—*De bonis malisque sucis*, a cura di ANNA MARIA IERACCI BIO. Nápoles, M. d'Auria editore, 1987, 144 pp.

El tratadito que nos ocupa, traducido al latín igualmente como *De probis pravisque alimentorum sucis* (*Sobre los humores buenos y malos de los alimentos*) es una especie de conclusión de *Sobre las facultades de los alimentos* (*De alimentorum facultatibus*) al que hace numerosas referencias. En la edición de C. G. Kühn lo tenemos en VI, pp. 749-815; asimismo fue editado por G. Helmreich, Leipzig 1923 (*Corpus Medicorum Graecorum* V 4,2), entre otros tratados galénicos.

Tras unas palabras introductorias tenemos la traducción italiana (pp. 12-64), precisa, fiel y amena; el texto griego de Helmreich (65-113), con ligeras variantes en cuanto a puntuación, división de los párrafos y ortografías; las notas (115-118) y un apéndice marginal, más una nota bibliográfica (119-142).

La preocupación por la dietética es antigua entre los griegos, pues ya los pitagóricos se ocuparon de la relación entre trabajo, comida y descanso, convencidos de la

estrecha relación entre alma y cuerpo. La atención prestada a la dieta, entendida como régimen de vida en sentido amplio (alimentos —comidas y bebidas—, ejercicios, descanso), presente ya en los presocráticos (Demócrito escribió el primer tratado sobre la cuestión), florece en Heródico de Selimbria, del que apenas sabemos, pero es en el *Corpus Hippocraticum* donde hallamos los primeros escritos conservados dedicados a tal cuestión. Para los hipocráticos, la salud puede mantenerse y, en su caso, recobrase, a fuerza de dieta, cuidadosamente reglada en cantidad y calidad y adaptada a la naturaleza del individuo. El interés dietético se mantuvo en la medicina helenística e imperial. Galeno, por su parte, escribió varios tratados de dietética entre 169 y 180 d.C., es decir, durante su segunda estancia en Roma: *Sobre las facultades de los alimentos* (3 libros), *Sobre la dieta para adelgazar* (*De victu attenuante*), el que nos ocupa, y, en cierto sentido, *Sobre la conservación de la salud* (*De sanitate tuenda*) (6 libros).

La obrita que estudiamos quiere ser útil para todos: hombres de estado, combatientes, viajeros y personas corrientes: parte del principio de que cada alimento tiene un jugo humoral favorable o dañino, que influye en los humores propios del cuerpo humano y provoca un estado humoral sano (*εὐχυμία*) o malsano (*κακοχυμία*). Se pasa revista a los alimentos usuales: farináceas, verduras, leche, huevos, quesos, carnes, cereales, frutas (cap. 2-8), aves y peces (9), vinos (11), miel y oximiél (12); se insiste en la conveniencia de conocer las propiedades de los alimentos y la naturaleza humoral del hombre (melancólica, biliosa, flemática) (cap. 10); se dan consejos para el verano (13) y se hacen advertencias sobre las enfermedades que pueden acontecer a causa de una dieta malsana (14).

Galeno recomienda abstenerse de la nieve en el verano (13), recordando sus terribles y nefastos efectos sobre articulaciones, nervios y vísceras; avisa sobre el peligro de los que, aun estando sanos, prefieren estar excesivamente delgados y débiles (12); recomienda la práctica del ejercicio físico moderado y una dieta regular (1); insiste en que los ejercicios físicos son buenos antes de comer, pero perjudiciales tras las comidas (3). Leemos ciertas noticias curiosas: algunos médicos recomendaban a los típicos tomar directamente leche de mujer, como si fueran niños lactantes (4); el cerdo adulto es apropiado para hombres jóvenes que hacen deporte. En cambio, el cerdito conviene a los que están en el declive de la vida (6).

En resumen, es meritoria y laudable esta edición, traducción y comentario de tal obrita galénica, notoria por su claridad expositiva y lingüística, y accesible a los profanos a causa de la sencillez de su léxico.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

PROCLUS.—*Théologie Platonicienne*, livre V. Texte établi et traduit par H. D. SAFFREY et L. G. WESTERINK. Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1987, CII + 226 pp.

Casi dos decenios después de la aparición del primer volumen de la *Teología platónica* en la «Collection des Universités de France», la obra está a punto de culminarse. Poco a poco, seis años después del volumen anterior, en un intervalo en que la mencionada colección se ha enriquecido en el ámbito neoplatónico con una nueva edición del comentario de Proclo al *Alcibiades I* a cargo de A. Ph. Segonds y el tomo I de los *Problemas y soluciones concernientes a los primeros principios* de Damascio a cargo de L. G. Westerink y J. Combès, aparece este V volumen, el penúlti-

mo. Y ello es importante, porque podremos sustituir la tradicional edición de Portus, 1618, basada en un manuscrito secundario, por esta otra que mejora notablemente la anterior. Y no podía ser menos, si pensamos que quienes llevan a cabo esta tarea son dos prestigiosos investigadores en el campo neoplatónico, Saffrey y Westerink. Desde Portus a esta nueva edición sólo contábamos prácticamente con la traducción inglesa de Thomas Taylor, 1816, y la más reciente de Turolla al italiano, 1957, basadas en la edición de 1618. Por tanto se comprende la satisfacción con que esta obra es recibida.

La *Teología platónica* es una obra difícil, inconclusa, de la etapa final del filósofo de Constantinopla, posterior a sus comentarios al *Timeo* y *Parménides*, y cuyo contenido no ha sido suficientemente explotado.

La obra se articula en una amplia introducción y en la edición y traducción del texto con el aparato crítico y notas. En la introducción se estudia la estructura hebdomádica del grado intelectual, su comparación con lo que nos indica Damascio acerca de la segunda hipótesis del *Parménides*, la recuperación de un eslabón perdido en la tradición de Proclo en época bizantina, finalizando fundamentalmente esta parte introductoria con notas críticas y análisis del libro V. La estructura hebdomádica del grado intelectual se basa en el «método de las imágenes», que consiste en remontar del efecto a la causa, acudiendo para su explicitación los autores no sólo a los textos de Proclo sino al *Comentario al Parménides* de Damascio, ya que complementa los textos del filósofo de Constantinopla. También en este volumen V los autores desvelan una parte oscura en la tradición del texto de Proclo, la correspondiente al siglo XIII.

El establecimiento del texto se hace fundamentalmente a partir del *Parisinus graecus 1813*, anotándose en el aparato crítico sólo las variantes significativas, eliminando las inútiles, cuyo listado los autores exponen previamente (pp. LXXII-LXXV). Las conjeturas son lógicas, mejorándose el texto de Portus, por ejemplo, en V 3, V 9, V 13, V 14, V 39 y V 40. Por otra parte hemos pasado de los 39 κεφάλαια de la edición de Portus a 40, merced al desdoblamiento del antes XXXVI en XXXVI y XXXVII. En otras ocasiones los editores se mantienen conservadores, como en V 9 (p. 31,4 Saffrey-Westerink), donde mantienen περιλαβουσαι, como hizo ya Portus, creo que acertadamente. El caso del κεφάλαιον β' es distinto, ya que se ha adoptado la corrección del manuscrito, pero como se reconoce en la nota correspondiente (p. 151, n. 1) existen otras posibilidades. La traducción es correcta, las notas apropiadas y las fuentes a las que remiten son fundamentalmente platónicas.

En resumen, una contribución que sigue siendo inestimable, no sólo por ofrecernos un texto mejor, sino por las perspectivas de investigación que abre.

E. A. RAMOS JURADO

FONTÁN, ANTONIO, y MOURE CASAS, ANA.— *Antología del Latin Medieval. Introducción y textos*. Madrid, Gredos, 1987, 487 pp.

Se echaba de menos en España una *Antología del Latin Medieval* como ésta. La idea estaba en el ánimo de muchos estudiosos, pero faltaba el coraje suficiente para acometer una empresa de estas características, siempre criticable, y que nunca puede satisfacer a todos por entero, incluidos los propios autores: impedimentos editoriales, económicos, técnicos... obligan a dejar fuera textos tan relevantes al menos como los seleccionados. La Editorial Gredos cubre de esta manera la etapa medie-

val, guardando en la presentación de la obra paralelismo con la antología dedicada al latín vulgar del prof. Díaz y Díaz. Ahora sólo falta algo similar referido a la época «neolatina» (por usar este término ya aceptado, pero tan poco afortunado).

Esta *Antología* supone un esfuerzo de análisis y síntesis tan grande que sólo puede merecer nuestro agradecimiento y aplauso. Los autores han buscado un equilibrio entre las distintas etapas del latín medieval, han optado por una adecuada proporción entre textos hispánicos y no hispánicos, han dotado a cada texto de una introducción modélica por su concisión y claridad y han confeccionado unos «registros» exhaustivos sobre diversos aspectos lingüísticos de los textos recogidos.

En la «Introducción general» los autores son conscientes de que no se puede reducir toda la variedad del latín medieval a unas cuantas reglas definidas y, por ello, su esfuerzo de comprensión resulta encomiable. En este sentido hay que admitir que la impresión de parquedad en la enumeración de los rasgos lingüísticos del latín medieval es falsa: en los índices finales se encuentra la enumeración completa de los fenómenos que ocurren en los textos de la *Antología*. Por ello es imprescindible el manejo de la «Introducción» y los «Índices» a la vez.

En plano más general es lógico admitir que en una antología se haya prescindido voluntariamente de problemas teóricos como el del carácter de lengua viva o muerta del latín medieval, de la cuestión de sus límites (admiten la «impropiedad» de incluir algunos textos del latín tardío) y que, en consecuencia, no se traten problemas tan llamativos como la revolucionaria teoría de R. Wright, *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France*, Liverpool 1982, según la cual lo que llamamos latín medieval fue un invento de los eruditos carolingios en torno al 800 d.C. (y que no se dio en España hasta el s. xi). Pero se hace notorio que no se dedique un apartado al léxico medieval, quizá el aspecto más llamativo de este latín con relación a la época clásica, punto de referencia inevitable.

Por lo demás para la bibliografía se han seleccionado con recto criterio las obras básicas y más generales (razón por la que no debe buscarse en ella bibliografía sobre aspectos especializados del latín medieval), aunque se echa de menos la indicación de las revistas más caracterizadas en el estudio de esta época (tampoco debería estar ausente algún que otro manual clásico, como, por ej., el de V. Paladini y M. de Marco).

Era de esperar el interés específico en los textos hispánicos que en la *Antología* se demuestra, pues el latín medieval está visto desde esta perspectiva, lo que no impide que la selección de textos tenga suficiente perspectiva europea, tomando este término en su contexto medieval. Para ello los autores han sabido buscar los estudios y ediciones de los especialistas en cada obra seleccionada. Tal vez, en este sentido, el aspecto menos atendido sea el de los autores técnicos o científicos (medicina, botánica, matemáticas, astronomía, magia, etc.), de amplia difusión en el mundo medieval y con una lengua reveladora en ocasiones tanto del influjo de los modelos antiguos como del contacto con las lenguas vernáculas. Abunda en lo mismo la parquedad de documentos cancillerescos y notariales, a pesar de los estudios de J. Vielliard, M. Pei o del ejemplar libro de W. D. Lange sobre documentos privados hispánicos.

Con relación a las lecturas alternativas a pasajes de los textos, es verdad que los autores remiten a una edición en la que se justifica su elección, pero sería oportuno que se recogieran a pie de página las variantes más significativas en los casos de vacilación en la tradición con el fin de conocer cuándo se puede hacer el comentario

lingüístico sin obstáculos (en las modificaciones de puntuación que introducen los autores de la *Antología* esto se hace muy eficazmente).

Tratan los autores, por otro lado, de conciliar en la orientación del libro la utilidad tanto para estudiantes como para profesores, tarea arriesgadísima, porque pueden quedar ambos insatisfechos. Sin querer entrar en este problema, pues hay partidarios de la abundante notación de los textos en las antologías y hay quien piensa que, como instrumento de trabajo, no debe aclarar todas las dificultades, creemos que el estudiante —que ordinariamente no tiene a mano uno de los casi siempre parciales diccionarios del latín medieval— necesita una más decidida ayuda en el aspecto léxico (con su influjo directo en la comprensión de la traducción).

Los índices son completísimos y muy meticulosos. Pocas son las características de relieve de los textos de la *Antología* que no se encuentren recogidas en ellos, aunque se eche de menos un índice de hechos de vocabulario. A este respecto nos parece poco económico, como sucede también en la *Antología del Latín Vulgar* de la misma colección, el sistema de referencias internas por autores (que hay que buscar primero en el índice de siglas y luego en el de páginas), obras, libros, párrafos y capítulos. ¿No resultaría más sencillo remitir al autor por la página y la línea de la *Antología*?

Debemos, pues, agradecer a los autores de esta *Antología* este oportuno trabajo que resultará de gran utilidad para el estudio del latín medieval, que está alcanzando un alto nivel en España. Esta *Antología* será un instrumento de trabajo muy valioso para el conocimiento y difusión del amplio campo de la cultura medieval en lengua latina.

ENRIQUE MONTERO CARTELLE

II. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

Métamorphoses du mythe en Grèce antique, sous la direction de CLAUDE CALAME. Ginebra, Labor et Fides, Religions en Perspectives, n.º 4, 1988, 247 pp.

El presente volumen recoge las contribuciones de un grupo de estudiosos, tendentes a esclarecer la naturaleza, función y, especialmente, la metamorfosis del mito en la Grecia antigua.

Los trabajos fueron presentados en un encuentro celebrado en la Facultad de Letras de la Universidad de Lausana en el año 1987 y han sido editados bajo la dirección de Claude Calame.

El volumen encierra, en consecuencia, opiniones no siempre coincidentes sobre el particular, amén, por cierto, de un variado espectro de temas y motivos a través de los cuales se aborda la metamorfosis del mito griego.

En la nota introductoria («Lo evanescente del mito y la realidad de las formas narrativas») Claude Calame (Universidad de Lausana) puntualiza que es menester tomar conciencia de la existencia de diferentes maneras creativas de pensar la realidad y que una de ellas es la mítica.

Agrega también que el mito, en la mayor parte de los casos sentido como «expresión de lo sagrado en palabras» y mediante el cual se pretende esclarecer los acontecimientos primordiales, ha adquirido *status* de realidad universal. Tal realidad es la que, desde diversos ángulos, analizan los estudiosos que intervinieron en el encuentro, cuyas opiniones sucintamente reseñamos:

1.º Marcel Detienne (École Pratique, París) partiendo del «mitologizar homérico» (*Od.* XII 450-453) analiza lo que denomina la «doble escritura de la mitología» platónica, entre el *Critias* y el *Timeo*.

2.º Jan Bremmer (Univ. de Utrecht) aborda el problema de la plasticidad del mito a propósito de la leyenda de Meleagro en la poesía homérica, sin olvidarse de referir el tratamiento de este mito con antelación a Homero.

3.º Fritz Graf (Univ. de Bâle) se ocupa de la actitud «contradictoria» que presenta Ovidio en sus *Metamorphosis* respecto de los mitos. Si bien por un lado parece recurrir a la veracidad de los mitos etiológicos, por el otro «ironiza discretamente» sobre los mismos; deduce de ahí el carácter ficticio del relato.

4.º Ezio Pellizer (Univ. de Trieste) a propósito del motivo literario del niño y el oráculo que constituye, por cierto, un *communis locus* de varias culturas, ofrece un minucioso bosquejo de análisis semiótico-narrativo.

5.º Philippe Borgeaud (Univ. de Ginebra) propone diversas lecturas exegéticas del mito frigio de Atis, fundándose especialmente en las versiones de Pausanias (VII 17,9) y de Arnobio. Dentro de esta última, siguiendo la conocida interpretación de E. Pellizer, estima que este mito atiende tanto a «consecuencias de una negación global y simétrica de la cualidad masculina y de la cualidad femenina, cuanto a su posible unión», circunstancia que, a los ojos de Borgeaud, constituye el problema capital de dicha leyenda.

6.º Claude Calame (Univ. de Lausana) tomando como base la narración de Heródoto sobre la fundación de Cirene, establece los límites entre mito, relato épico e historia en el ámbito helénico; además, siguiendo a Detienne, expone una adecuada definición respecto de lo mítico (*ad hoc* véanse atentamente pp. 117-118).

7.º Carlos García Gual (Univ. Complutense, Madrid) explica que si por mito los griegos entendieron «un relato tradicional y memorable» que se ocupa de personajes extraordinarios, tanto dioses como héroes, que actuaron en tiempos lejanos y cuya acción se ha convertido en paradigmática, la visión que el Pseudo-Calístenes nos proporciona en su *Vida de Alejandro* de dicho conquistador —en la que modifica ciertos datos de la historia—, está enraizada en un «mythical pattern» que convierte al biografiado en una suerte de «Hércules crepuscular.»

8.º Diego Lanza (Univ. de Pavia) a partir del empleo que de la palabra *mythos* hace Aristóteles en su *Poética* deduce que en los tiempos históricos de Grecia la utilización de mitos arcaicos presenta, a menudo, un empleo nuevo que corresponde a una re-codificación y a una re-semantización de los mismos. Existe, en consecuencia, pluralidad de niveles simbólicos que debe ser tomada en consideración. Es éste un elemento clave para la comprensión de los períodos arcaico y clásico y donde el «décalage» continuo de los sistemas de significación constituye el nudo del problema (cf. especialmente p. 148).

9.º Nicole Loraux (París), a la luz del *Crátilo*, donde «Platon avait-il raison d'identifier le travail sur les noms à l'activité tragique même, le *tragoideîn*», aborda el estudio de los nombres de los hijos de Edipo, tomando como base los datos que le proporcionan tanto la epopeya como la tragedia griegas.

10. Christiane Sourvinou-Inwood (Liverpool), a propósito de un debatido pasaje de *Antígona* (vv. 944-987) estudia el problema del mito en la tragedia y de ésta a través del mito.

11. Claude Bérard (Lausana) frente al conocido interrogante —recientemente retomado por Dasen— acerca de si «l'Antiquité a-t-elle connu la narration en images ou a-t-elle dû se contenter de l'image narrative?» (p. 187) se ocupa de la rica

imaginaria mítica de la decoración del *heróon* de Trisa, que en la actualidad se encuentra en Viena.

12. Wolfgang Rösler (Constanza) nos brinda un prolijo análisis del mito de Áyax a partir de datos procedentes de tres vertientes: 1.º la poesía épica (*Iliou Perisis*); 2.º la poesía lírica (un poema de Alceo), y 3.º las artes plásticas, según las descripciones que de dos cuadros de Polignoto nos proporciona Pausanias.

13. Lowell Edmunds (EE.UU.) a propósito del tema de Edipo establece la comparación entre este mito y el relato birmano de Paul Tyaing. Muestra cómo ambas narraciones, fundadas en muchos motivos comunes, han combinado los mismos de manera diferente. Su ensayo propone también una inteligente distinción entre mito y poesía en la Antigüedad.

14. Gregory Nagy (Univ. de Harvard) al abordar un pasaje del comienzo de las Guerras Médicas en la obra de Heródoto (VII 148, 2) refiere que el historiador recurre a la palabra *aínos* entendida en sentido de 'fábula'; Nagy, partiendo de la palabra *aínos*, establece los límites entre mito y prosa en la Grecia arcaica.

Cada uno de los trabajos que componen el volumen está enriquecido por abundante bibliografía.

HUGO F. BAUZÁ

DEFORGE, BERNARD. — *Eschyle, poète cosmique*. Paris, Les Belles Lettres, 1986, 350 pp.

Comienza el libro con una bibliografía (diccionarios, índices, textos y traducciones de Esquilo y de algunos otros autores griegos, estudios modernos) (pp. 17-24).

En la Introducción (pp. 25-56) destaca la atención prestada a Esquilo como autor cósmico. Inherentes a la noción de «cosmos», «cósmico» son: el universo visto en su orden, belleza y armonía; su carácter espiritual y divino; su totalidad; su creación. Asimismo, las nociones de totalidad y universalidad, y también la de divino. Son sugerentes y están llenas de interés las páginas dedicadas a la evolución semántica del término *κόσμος* desde los presocráticos hasta Platón. Naturalmente, la presencia de tal vocablo en Esquilo ocupa un lugar especial y destacado; en nuestro poeta la familia de términos referente a tal vocablo aparece 17 veces, con clara referencia a las nociones de «orden», «orden apropiado», «adorno». Particular importancia tiene el texto de *Agamenón*, vv. 355-356 (*Νύξ... μεγάλων κόσμων κτεάτειρα*), donde hay clara alusión a la inmensa riqueza de la Noche, es decir, a los astros, en la línea iniciada por Anaxímenes.

La primera parte (pp. 57-158) examina la producción de Esquilo, viéndolo como creador de las trilogías ligadas, en las que la presencia del mundo, en espacio y tiempo, y la de los dioses, o sea, la presencia del cosmos, es inseparable. El A. revisa y pone al día los numerosos problemas literarios de las obras esquileas perdidas para nosotros o llegadas en estado fragmentario.

En la segunda parte (pp. 159-228) se aborda la estructura temática del viaje. Las referencias apuntan, especialmente, a la expedición de los persas, la guerra de Troya, las Danaides, Perseo, Heracles, Ío y Orestes. Una constante del teatro de Esquilo es su gusto por el exotismo y el viaje a países lejanos, lo que le lleva a hablar de la historia de pueblos y razas, de la geografía de esos lugares ignotos. Hay viajes que nos llevan a países reales, pero los más nos transportan a regiones fabulosas.

La tercera parte (pp. 229-314) está dedicada al cosmos de los dioses: muertos, monstruos, dioses, los dioses en el alma humana, sueños, presagios, presentimientos, los dioses como fuente de todo.

Sigue una conclusión, anexos e índices (pp. 315-350).

El carácter cósmico de Esquilo queda ampliamente demostrado por la permanente presencia en su obra del mundo y de los dioses. Éstos se muestran vivos en los relatos, en la escena y en las almas de los humanos, pues dan vida y sentido a la realidad del mundo. Así, los dioses son portadores de totalidad, tanto de espacio como de tiempo, y de universalidad: son, en suma, el verdadero sentido y esencia del cosmos.

En conclusión, estamos ante un libro importante para comprender mejor el quehacer poético de Esquilo y el intrincado trasfondo religioso y mítico de sus obras.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

BONELLI, G.—*Il mondo poetico di Pindaro*. Turín, G. Giappichelli Editore, 1987, 171 pp.

Este libro incide en un combate puramente de retaguardia. Una vez más, la unidad del epinicio se sitúa en el centro de la discusión. Bonelli, por lo menos, tiene la virtud de la claridad: considerar el epinicio como una unidad poética «per il solo fatto che è una unità compositiva» constituye un funesto error; solamente un cierto dogmatismo estético puede inducir a valorar la unidad «centrípeta» del epinicio como requisito previo para el valor poético del texto. En verdad, Bonelli no es el primero ni el más lúcido entre los críticos que han deplorado que Píndaro malgastase su talento en un género según ellos tan deplorable estéticamente como el epinicio; pero es uno de los más consecuentes. Cf., por ejemplo, la p. 130, donde se habla de una personalidad concreta y específica —la del triunfador— que ofrece ciertas resistencias a una interpretación metafórica y a una transfiguración poética en términos de imagen... O bien, un poco antes (p. 127): las razones de la celebración del epinicio como género laudatorio y las de su aplicación específica influían en la selección y construcción del relato mítico: de ahí «l'ingombro della forzata occasionalità» y de un esquema preconcebido respecto del sentimiento poético; razones que pueden aclarar y motivar, aunque no justificar, la fragilidad interna del género, sobre todo en su versión pindárica... La recepción y lectura de las imágenes de Píndaro se someten a márgenes de subjetividad y de gusto superiores respecto de otros grandes poetas; etcétera.

A consecuencia de estas premisas, Bonelli, quien tanto en su libro como en un artículo más o menos contemporáneo, de carácter programático («Pindaro, formalismo e critica estetica», *AC* 56, 1987, pp. 26-55), se opone útilmente a la inmensa mayoría de estudiosos, que no consideran las odas pindáricas «como literatura», sólo se siente obligado a valorar aquellos pasajes que representan una unidad poética efectiva. Como corolario, hay que distinguir (a partir de unos presupuestos tardo-románticos, singularmente reductivos y empobrecedores, por más que proclamen su raíz croceana) lo que es poesía y lo que no lo es. O sea, formulado programáticamente (art. cit., p. 53): «il poetico è precisamente quella determinata icona che nei suoi tratti stessi, nei suoi elementi formali diventa sentimento e, in senso più lato, visione della vita. I tratti salienti in cui il poeta è riuscito ad immedessimare il suo sentimento in immagine costituiscono la verità e autenticità del poeta». Es decir, que solamente la imagen (y poco importa si se la quiere denominar «icona») tiene derecho a ser tomada en consideración, de acuerdo con un «parti pris» de irracionalismo: «el sentido intuitivo de la imagen... no ha de tornarse opaco por culpa de problematiza-

ciones intelectuales inoportunas». La crítica se convierte así en absolutamente impresionista, hasta llegar a un punto de auténtica renuncia a la comprensión y a una exégesis simplemente tautológica. En sus momentos menos felices, Bonelli cae en la pura divagación; cf. p. 87: «quest'immagine, per la sua pregnanza, costituisce un simbolo lirico, è carica cioè di un spessore, di una densità sentimentale che pare non possa essere contenuta nei limiti concreti dell'icona...».

Con todo, no se puede negar que ocasionalmente nuestro A. da en el clavo. Nada a objetar a una formulación como la siguiente (p. 12): «Píndaro no es nunca decorativo ni extrínseco; antes bien, alude, con la intensidad de su fuego, con la sugestión lírica de la icona, al mundo interior, a su sistema de valores, a su sentido de la perfección y grandeza aristocráticas». Pero demasiadas veces, Bonelli juega casi con lo inefable; y así, ¿cómo puede proceder la crítica? Es preciso, a pesar de todo, analizar lo que resulta analizable.

El aspecto en el cual Bonelli nos puede interesar más es en lo que se refiere a la no devaluación, incluso por parte del Píndaro más entregado a lo trascendente, del existir actual: nada de depreciación de los valores humanos y, en particular, de aquellos valores agonales y aristocráticos que constituyen «il fulcro della assiologia pindarica». Cuando el poeta se refiere a una oposición entre cuerpo y alma, o bien a la metempsicosis (*Ol. II*, fragmentos trenódicos), nuestro autor rastrea un sentimiento no compatible, en el plano doctrinal, con las posiciones de la religión olímpica: una visión de la existencia irreductible al modo de sentir consuetudinario en Píndaro. Se trata, según Bonelli, de una duplicidad de actitudes poéticas, sin que ninguna de ellas se halle en situación de anular a la otra; coexisten, por el contrario, sin contaminarse mutuamente. Por desgracia, nuestro A. no ha tenido en cuenta el punto de vista de quienes pugnan por superar esta pretendida incompatibilidad, por integrarla en una síntesis superior. La deliberada negativa a intentar una «esegesi dei diversi contenuti nozionali, che sarebbe prepostera ed intellettualistica» se resuelve, de nuevo, en la renuncia a la comprensión.

JAUME PÓRTULAS

KRAUS, WALTHER.—*Aristophanes' politische Komödien. Die Acharner. Die Ritter*. Viena, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1985, 199 pp.

En el prefacio expone Kraus su intención ya antigua de escribir un gran libro sobre Aristófanes para describir, a través del espejo de la comedia satírica ática del siglo v, el cambio de mentalidad que se produjo en aquella época y que ha sido determinante para Europa hasta nuestros días. Un primer esbozo de esta idea sería su trabajo «Aristophanes. Spiegel einer Zeitwende» en *Maske und Kothurn* 9, 1963, p. 97 ss., reproducido por H. J. Newiger (ed.), *Aristophanes und die Alte Komödie*, Darmstadt 1975, p. 435 ss., y luego por el propio Kraus en *Aus Allen Eines*, Heidelberg 1984, p. 234 ss. Kraus confiesa que no se ha decidido a publicar una simple reelaboración de sus primeras opiniones sobre el tema sin tener en cuenta los avances de la crítica filológica aristofánica tras la segunda guerra mundial y, ante la inseguridad de poder ejecutar su proyecto en toda su extensión, presenta en esta obra un primer capítulo relativo al fenómeno de la «nueva política» tal como Aristófanes la vivió y la representó de un modo a la vez diferente y semejante al de Tucídides.

En la introducción Kraus señala la dificultad de comprender la comedia de Aristófanes sobre todo en su relación con la realidad. Sigue un análisis de la relación en-

tre la Comedia Antigua griega y la sátira romana, a partir del famoso juicio de Horacio sobre aquélla, así como un comentario de las opiniones de Platón, Aristóteles, la filología helenística, el epigrama de Antípatro de Tesalónica (*AP IX 186*) y el juicio sobre los poetas cómicos atribuido por Luciano a Solón en *Anacarsis 22*.

Partiendo de la base de que hoy en día no hay acuerdo sobre la esencia de la comedia aristofánica, Kraus dedica un par de páginas al tema del carácter institucional de la Comedia Antigua y pone de relieve que las comedias se mueven en un doble plano: el tiempo actual y el de la fiesta, la acción ficticia y la alocución directa al público, sin que estén claros los límites entre ambas esferas. Sigue luego un estudio de la prehistoria de la Comedia, de sus orígenes en el yambo y los rituales agrarios y de la posible imitación de Arquíloco por Cratino. Según Kraus, la diferencia entre ambos residiría en que el segundo da un contenido moral a su crítica en beneficio de la ciudad, anunciando ya la defensa del bien y de la justicia que hace Aristófanes; pero creo que no se le puede negar seriedad a Arquíloco ni universalidad a su mensaje moral, pese a su individualismo. Expone luego Kraus su opinión — ya conocida por su artículo «*Ragioni strutturali e ragioni storiche nella commedia di Aristofane*», *Atene e Roma* 13, 1968, pp. 109-124—, de que hay que aceptar como válida la pretensión aristofánica de ofrecer en sus obras una mezcla de bromas y veras, contra quienes, como Müller-Strübing y Droysen, niegan seriedad a la comedia. También rechaza las teorías de Gilbert y Couat, que ven en Aristófanes a un hombre de partido, y la de Croiset por artificiosa y débil, sin aceptar tampoco la opinión de Wilamowitz de que Éupolis habría influido en el compromiso político de Aristófanes ni la de Ste. Croix, que se esfuerza exageradamente por sacar de su contexto la postura política personal de Aristófanes. Así, Kraus apoya a Gomme, quien insiste en ver a Aristófanes sobre todo como poeta, y a Carrière en su petición de que se defina la esencia de la comedia antes de recurrir a ella como testimonio de su época. En su análisis de las comedias políticas de Aristófanes, sobre todo en *Los acarnienses* y *Los caballeros*, Kraus se propone averiguar esta esencia hasta donde sea posible captarla y evitar su confusión tanto con la seriedad antipoética como con la burla intrascendente.

El resto del libro consiste en sendos comentarios parafrásticos de ambas obras en los que Kraus aborda y discute prácticamente todos los problemas que la crítica aristofánica se ha planteado en las últimas décadas, sobre todo la función política de la comedia; los comentarios van acompañados de excursos sobre otras piezas de Aristófanes y otros autores, por ejemplo, la confrontación de los dos retratos de Cleón en Aristófanes y Tucídides.

Es imposible dar cuenta de todas sus opiniones sobre los puntos debatidos, por lo que me limitaré a indicar algunos reparos:

1) Kraus cree, como otros, que el acusado por Cleón fue Calístrato y, por tanto, que la alusión a Egina en *Ach.* 652-654 se refiere también a él, es decir, que la verdadera autoría de las tres primeras obras de Aristófanes no se desveló para el público ateniense hasta que el propio poeta la descubrió en *Los caballeros*. En la misma línea opina que Aristófanes reconoce su autoría en esta obra porque no podía o no quería cargar a otro con el riesgo político unido a ello. En mi opinión, expuesta en mi edición de *Los acarnienses*, es poco probable que Aristófanes, tan orgulloso de su obra, tuviese interés en quedar en el anonimato; creo también que la vehemencia y amargura con que Diceópolis (*Ach.* 377-382), en nombre del poeta, se queja de la denuncia de Cleón hacen dudar de que no hubiese sido procesado Aristófanes en persona y de que la comparación del poeta (Aristófanes, no Calístrato) con Egina

no sea un dato biográfico, sino una broma para ponderar su mérito; finalmente opino que deben atenderse las explicaciones del propio poeta en *Eq.* 512 ss. y *Nu.* 530.

2) Kraus opina que la comedia podía ejercer impunemente la chismografía política, olvidando el proceso de Cleón contra Aristófanes y los decretos que intentaron limitar la libertad de expresión de los poetas cómicos.

3) Me parece forzada la interpretación de *τέχνη* en *Eq.* 63 como *πολιτική τέχνη* y sin fundamento el hecho de que Kraus considere a Cleón como heredero de una técnica política creada para Pericles por sus consejeros intelectuales.

4) En sus esfuerzos por identificar las alusiones de Aristófanes con acontecimientos históricos, Kraus va un poco lejos al buscar un fundamento real a la embajada persa de *Los acarnienses* o al creer que el poeta satiriza a Gorgias y su embajada del 427, cuando dice que los atenienses se dejan engañar por palabras de extraños.

Finalmente, el problema de esta obra es, a mi parecer, que la conclusión general se pierde entre la maraña de la discusión de cuestiones concretas, con ser ésta muy interesante y completa, en especial por lo que se refiere a las observaciones de crítica textual contenidas en las numerosas notas y en los excursos y que se enumeran en un índice al final del libro.

En cuanto a la bibliografía, se echan de menos la obra de F. Rodríguez Adrados *Fiesta, Comedia y Tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro*, Barcelona 1972 (Madrid 1983,) y las ediciones de Sommerstein que el autor no cita ni parece haber tenido en cuenta.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

DE ROMILLY, J.—*Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès*. Paris, Éditions de Fallois, 1988, 334 pp.

El libro es una obra de madurez concebida a modo de ensayo en la que su autora, gran conocedora de la época sobre la que versa el libro, nos ofrece sus reflexiones y su visión sintética y globalizadora sobre el movimiento sofístico de la Atenas del s. v a.C.

Sobre el tema en cuestión existen gran cantidad de trabajos, algunos de ellos ya clásicos como los de Dupréel, Untersteiner, Guthrie, Nestle, etc., lo que en principio podría hacernos recelar de la originalidad de una obra con un título tan genérico como el del libro que nos ocupa. Y de hecho no se trata de un libro en el que se aporten datos originales o temas novedosos, pues tanto los personajes como los temas tratados son los ya conocidos y clásicos dentro de los estudios sofísticos. Sin embargo, es la concepción misma del libro, de gratisima lectura por lo bien escrito como todos los de esta autora, y las reflexiones que surgen aquí y allá, que evidencian tras de sí toda una vida dedicada al estudio de estos temas, lo que constituye la originalidad y el mérito de esta obra.

El móvil impulsor del libro según confesión de su autora fue que, pese a la influencia innegable y demostrada que ejercieron los sofistas en las grandes personalidades de la cultura, de la literatura y del pensamiento en la Atenas del s. v, los sofistas continúan siendo para el público en general unos desconocidos (p. 8). Por lo tanto el propósito del libro es entroncar el movimiento sofístico con la realidad cultural ateniense y con la vida misma de la época en la ciudad de Atenas; y, además, reivindicar, dándoles a conocer, el buen nombre de sus principales maestros generalmente

maltratados o tratados peyorativamente por la tradición posterior. Estos objetivos llevan a su autora a prescindir de cuestiones bibliográficas, problemas de interpretación de las obras y aspectos técnicos de la actividad sofística en aras de facilitar la comprensión de un tema ya dificultoso de por sí.

Para De Romilly la realidad sociopolítica y cultural de la Atenas del s. v y el movimiento sofístico son las dos caras de una misma moneda que hallan su justificación y razón de ser así como su explicación la una en el otro y viceversa, y constituyen, por tanto, un todo inseparable. Como prueba de ello aduce la autora las tesis sofísticas en confrontación con testimonios de figuras destacadas en el panorama cultural ateniense tales como el historiador Tucídides, los trágicos, Esquilo, Sófocles y en especial Eurípides, el comediógrafo Aristófanes, Jenofonte y, por supuesto, Platón. Entre los sofistas están prácticamente todos aquellos de los que sabemos algo ya directa o indirectamente: Antifonte, Critias, Gorgias, Hipias, Licofrón, Pródico, Protágoras y Trasímaco, así como las obras anónimas tales como el *Anónimo de Yámblico* y los *Discursos Dobles*. Se analizan conjuntamente la totalidad de los testimonios relativos a una cuestión concreta y se dedican los diversos capítulos a cada una de estas cuestiones.

En el cap. I, «Surgimiento y triunfo de los sofistas», analiza la autora las características generales y los rasgos distintivos de este movimiento y de sus representantes más genuinos. En él se explica cómo el movimiento sofístico responde a una demanda y se inserta en una evolución profunda que abarca todo el ámbito del vivir y que tiene como eje el papel preponderante que el pensamiento y las letras tendían a dar al hombre y a la razón en Grecia: la historia de la filosofía con su paso del Universo como objetivo al hombre, de la cosmogonía a la política y a la moral; la medicina científica (en su origen religiosa o mágica en gran medida); la figura de Sófocles con una preocupación en su obra por el hombre frente a los planteamientos teológicos de Esquilo; Heródoto, en el género histórico que supuso el principio de racionalización del devenir histórico anteriormente centrado en fundaciones de ciudades y genealogías de héroes, corroboran este hecho. Además todas estas manifestaciones por ser anteriores al movimiento sofístico hay que considerarlas como cauce de éste y no como producto suyo.

De otro lado, la ciudad de Atenas supuso el crisol del movimiento sofístico al converger éste en ella debido a su poder político y económico así como a que Atenas encarnaba el ideal de libertad y a un cierto espíritu panhelenista del que Atenas se sentía depositaria.

Los sofistas, a su vez, proporcionaron a Atenas lo que ella necesitaba: enseñanzas diversificadas en los distintos ámbitos del saber que la compleja realidad sociopolítica ateniense demandaba, y a nivel individual, el instrumento para triunfar en la vida pública.

Otro tema señero de la Sofística es abordado por De Romilly y da título al cap. II de su libro, «Una enseñanza nueva». La educación tradicional tenía como puntales básicos al pedotriba, al citarista y al *grammatistés*; los jóvenes atenienses podían aprender un oficio de un maestro especializado pero no recibían ninguna formación intelectual sistemática, aprendían viviendo y mirando a su alrededor. Los sofistas, por el contrario, les ofrecen y les venden esta información, les enseñan a hablar, pensar y razonar, a juzgar cómo debería actuar el ciudadano toda la vida. Ello origina la controversia entre la vieja y la nueva educación que abrirá un debate que durará siglos.

En el cap. III, «Una educación retórica», se plantean todas aquellas cuestiones

relativas a aquel aspecto esencial de la enseñanza sofística que consistía en capacitar al individuo para el manejo hábil y persuasivo del habla, aspecto que gravitaba en una doble vertiente, la forma y el contenido. De Romilly alude a los supuestos orígenes sicilianos de la retórica pero nota que con Gorgias y Protágoras se abren dos nuevas vías: el uno descubre la magia del discurso y los recursos de estilo y el otro establece un método de discusión y pone de relieve los fundamentos dialécticos de toda argumentación.

En el cap. IV titulado «Las doctrinas de los sofistas: la tabla rasa», aborda el análisis de los textos sofísticos sobre cuestiones fundamentales como el ser y la verdad, los dioses y la justicia, en donde sin perder de vista las diferencias que separan a unos sofistas de otros se globaliza en su perspectiva el movimiento sofístico indicando, no obstante, la existencia en su seno de dos corrientes diferenciadas.

Estas dos tendencias serán analizadas en los dos capítulos siguientes; «Los peligros de la tabla rasa: el immoralismo», actitud visible sobre todo en las fuentes literarias en la que acaban la tesis y crítica constructiva de los primeros sofistas en virtud de las ambiciones personales, la guerra y la propia realidad; y «La reconstrucción a partir de la tabla rasa», en donde se analiza aquella otra corriente que partiendo del mismo principio crítico de las bases y fundamentos de la antigua moral se convierte, en cambio, en un humanismo lúcido que sustituye la imposibilidad de trascendencia, verdad absoluta y divinidades justicieras por una moral fundada en la razón y preocupada por todo aquello que sirve al hombre. Existe un esfuerzo de reconstrucción puesto en marcha por los mismos sofistas que habían levantado sus críticas contra cualquier tipo de creencias *a priori* y que permite recuperar a cuenta del hombre todos los valores y virtudes.

Cómo se lleva a cabo esta recuperación es lo que aborda el cap. VII, «La recuperación de las virtudes», y, por último, en el último capítulo se toca un tema de gran importancia en la actividad sofística, la política, en su doble vertiente de política interior y de política relativa a las relaciones entre las distintas comunidades políticas.

En resumen, es un libro atractivo que ofrece una reflexión madura y enjundiosa a cargo de una gran conocedora de la realidad griega de la época y sobre un tema de capital importancia para la historia del pensamiento griego y, como De Romilly afirma en su libro, del pensamiento occidental posterior.

A. SANCHO ROYO

WHITE, HEATHER.—*Studies in Late Greek Epic Poetry*. Amsterdam, J. C. Gieben, 1987, 154 pp.

Es éste el volumen XVIII de los «London Studies in Classical Philology», colección dirigida por G. Giangrande, y un libro a la vez de un tipo no muy usual pero que continúa en la misma línea de otros ya publicados por su autora, que es miembro destacado del equipo de helenistas que el citado profesor Giangrande encabeza en el Birkbeck College de Londres. Son cuatro capítulos de pura crítica textual, redactados con extremada concisión, sin la menor concesión a la erudición extemporánea y en que con un método riguroso se desmonta implacablemente un conjunto de correcciones o lecturas de pasajes de Opiano, Quinto de Esmirna y Nonno de Panópolis propuestas o defendidas por filólogos tan conocidos como M. Campbell, F. Vian, W. Peek y M. L. West. La metodología puesta en práctica por White es elemental: la defensa del *textus receptus* (en unos pocos casos se trata de variantes con-

servadas en *recentiores*) contra la tan frecuentemente excesiva ligereza de los críticos, demostrando una vez más cómo un examen reposado, con el cimiento añadido de los conocimientos necesarios, puede descubrir al fin la buena vía interpretativa sin el fácil recurso de las correcciones. En los tres poetas citados se recupera así el texto y el sentido de numerosos lugares (casi centenar y medio) que White analiza, revelando no ya sólo los despropósitos acumulados en algunos trabajos superficiales (un caso notable es un juvenil artículo de West en *CQ* 13, de 1963), que nunca debieron publicarse, sino igualmente que alguna edición de calidad, como la de Vian en el caso de Quinto de Esmirna, pudo haber sido mucho más atinada en determinados pasajes. Una revisión detenida de todos los que White estudia me ha llevado a la conclusión de que, en todos ellos, sus interpretaciones y sus argumentos son acertados. Es más, la recuperación de estas lecturas confirma también aspectos estilísticos, por ejemplo, la reiteración de términos a muy escasa distancia en un autor como Nonno sobre todo, o, en el mismo poeta, la nada rara promiscuidad de aoristos o imperfectos (p. 66 s.), que ya fuera señalada por Keydell. Hoy, cuando está en curso una nueva y ambiciosa edición de las *Dionisiacas*, estas aportaciones cobran un gran valor para la fijación del texto. Tal vez se podrá objetar que en ciertos momentos las críticas de White son ya innecesarias, por ejemplo, en lo que se refiere a lecturas en Quinto de Esmirna que fueron ya aceptadas en la edición de Vian, que sin duda mejora a las precedentes, pero en todo caso, incluso en estas contadas ocasiones, no está fuera de lugar esta llamada de atención contra unos métodos errados.

MÁXIMO BRIOSO

DIHLE, A.—*Die Entstehung der historischen Biographie*. Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Jahrgang 1986, Bericht 3. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1987, 90 pp.

La biografía clásica contempla la vida de un hombre como fenómeno moral —la realización de un tipo de carácter cuya valoración ética es objetivo primordial del biógrafo—; desde el punto de vista moderno, la biografía, en tanto que género historiográfico, apunta a reconstruir una época a partir de una vida. Entre las dos visiones se dan, de acuerdo con ello, diferencias fundamentales: la primera, en su afán de captar los rasgos reveladores del carácter, atenderá a los hechos históricos sólo en la medida en que éstos se presten a revelar las cualidades morales del héroe. La segunda en cambio proyectará la vida del protagonista ante todo como reflejo de las condiciones y los acontecimientos de su tiempo, con lo que las vicisitudes de la historia serán siempre objeto de atención preferente. La oposición entre ambas visiones se mitiga sin embargo cuando, a finales del siglo II d.C., los historiadores comienzan a configurar su obra cada vez con más decisión como una sucesión de biografías imperiales. Se asiste a una aproximación entre los géneros biográficos e históricos de la que nace la biografía histórica.

A este nacimiento concurren, según D., varios factores. Ya la abundante literatura memorialística debida a los estadistas del helenismo incluía fuertes componentes políticos, cuya presencia se vio aumentada en la producción biográfica de la república romana tardía debido a la mayor intensidad de la vida pública de Roma. La implantación del principado realza el significado de lo político —de lo histórico— en la biografía, pues cuando la marcha de los asuntos estatales parece depender de la voluntad del soberano las biografías del emperador tienden a jugar como elementos

explicativos del acontecer histórico. Pero la penetración de la historia por la biografía nunca se hubiese consumado a no ser por la contribución de otros dos factores: de un lado el modelo literario operante en las biografías de Suetonio; este modelo, alumbrado por la erudición helenística, examinaba la contribución de las personalidades individuales a los productos culturales colectivos, y, aplicado a la biografía imperial, propone dicha biografía como estudio de las contribuciones del emperador en cuestión al estado romano. El segundo factor viene dado por la evolución de la ideología legitimizantes del principado perceptible desde la muerte de Diocleciano; tal transformación se opone a la concepción numinosa del poder al acentuar el componente moral y humano de las cualidades exigibles al emperador, posibilitando así la forja de una serie de categorías con las que enjuiciar racionalmente la figura del monarca.

D. aborda, según se ve, un tema muy complejo. Quizás el reproche principal a elevar contra su trabajo es de índole teórica. La biografía histórica emerge de un planteamiento para el que lo relevante de cada época es su individualidad; de acuerdo con ello acentúa ante todo la especificidad del momento que le tocó vivir al biografiado, y es así como la narración de una vida reconstruye una época. Tal planteamiento —presente ya en los filólogos renacentistas pero realizado plenamente sólo con Ranke— fue ajeno a la concepción clásica de la historia, que enfoca siempre el *exemplum*, esto es, lo que de paradigmático y general pueda haber en los hechos narrados. Dado que dicha concepción permaneció inalterada, cabe decir que a lo largo de toda la antigüedad no se dieron los presupuestos necesarios para que naciese la biografía histórica, y de hecho esta no nació. Es cierto que en determinados momentos aparecen obras históricas en las que lo biográfico juega un papel mayor; pero ello es irrelevante desde el punto de vista historiográfico, ya que los mecanismos explicativos del acontecer histórico siguieron siendo, de Tucídides a Procopio, los mismos: intentos siempre de aclarar mediante razonamientos éticos y psicológicos el discurrir de la historia.

A un nivel más particular el estudio de D. patentiza una notable contradicción. El recurso a la humanización de la ideología imperial como elemento posibilitador de la contaminación entre biografía e historia está en patente contradicción con el hecho de que sea a finales de la antigüedad, es decir, en una época en que la institución imperial se sacraliza hasta los mayores extremos, cuando irrumpe con más fuerza lo biográfico en las composiciones históricas. Puntos igualmente problemáticos serían la caracterización, quizá demasiado estrecha, que hace D. de la biografía clásica y la forma en que trata la producción historiográfica de la época helenística (pues no se ve por qué en dicha época no se dio ese desarrollo de la biografía histórica que D. propugna para la baja antigüedad).

Aunque el libro de D. no consigue probar la tesis que preconiza, su lectura es sumamente instructiva. El autor, que mantiene en todo momento la calidad desplegada en sus anteriores publicaciones, domina muy bien la producción histórica de la antigüedad y sus puntos de vista no dejan nunca de ser sugerentes. Páginas como las dedicadas a la literatura autobiográfica del bajo helenismo y la época tardorrepública, a la caracterización del modelo literario de Suetonio o a los argumentos justificantes de la monarquía, resultan enriquecedoras hasta el punto de que esa riqueza compensa ampliamente la debilidad de la tesis central.

JOSÉ M.^a CANDAU MORÓN

ZEHLES, FRANK ERICH.—*Kommentar zu den «Mahnungen an die Jungfrauen» (carmen 1,2,2) Gregors von Nazianz, V. 1-354.* Münster 1987, 191 pp.

Este trabajo se inscribe en el conocido proyecto de edición crítica de las poesías de Gregorio de Nacianzo que dirigen Martin Sicherl y Justin Mossay, lo cual ha permitido a Zehles disponer de las colaciones de los manuscritos (hechas por Birgit Kock), de los materiales que han servido a Norbert Gertz y Martin Sicherl para establecer la *recensio* del grupo I, y —muy especialmente— de la *Concordancia* elaborada en la Universidad de Lovaina del vocabulario de las poesías de Gregorio de Nacianzo. El comentario señala puntualmente las aportaciones de otros miembros del equipo de investigación.

El poema se encuadra, dentro de la producción de Gregorio de Nacianzo, en el grupo de composiciones dedicadas a la castidad, cuyas estrechas relaciones de dependencia se ponen de manifiesto en el comentario. Aparece en ellos, al igual que en el comentado, la actitud parenética, con frecuentes y osadas variaciones temáticas: por ejemplo, la esposa modelo ocupa, en 2,2,6, el lugar de la ascética virgen. Estamos ante una poesía culta con fines educativos, que entronca con la actitud de Hesíodo en *Erga*, cuya utilización por Gregorio de Nacianzo en este poema es evidente (cp. vv. 120-140; 259-267). Junto a las habituales explicaciones de carácter lingüístico, estilístico y de *realia*, el comentario insiste en el contexto espiritual de la obra, en el cual las imitaciones de fuentes clásicas alcanzan un sentido a veces insospechado. La utilización que Gregorio de Nacianzo hace de los poetas helenísticos aparece continuamente indicada, y una forma como *τέθμια* (v. 8) se explica acertadamente con los paralelos calimaqueos (*Dian.* 174, *Cer.* 18).

El comentario se basa en el texto de Migne (que reproduce la edición de los maurinos de París 1842, hecha por A. B. Caillau), cuya paginación y distribución sigue para las referencias. Siempre que se adopta una lectura diferente, sobre la base de los nuevos trabajos críticos, se indica claramente.

En cada línea de este comentario es posible percibir un conocimiento muy preciso de la bibliografía especializada (incluida en pp. 3-7), y un gran esfuerzo de aproximación literaria y espiritual al texto de Gregorio de Nacianzo. Se echa de menos un índice de autores mencionados, ausencia tal vez explicable por la provisionalidad de esta edición. En su estado actual constituye una aportación muy valiosa para el mejor conocimiento de la poesía de Gregorio de Nacianzo.

F. PIÑERO

GUERRA GÓMEZ, MANUEL.—*El Sacerdocio femenino (en las religiones greco-romanas y en el cristianismo de los primeros siglos).* Toledo, Imprenta Aldecoa, 1987, 619 pp.

El trabajo que ofrece el doctor Guerra Gómez es amplio y exhaustivo, con demasiada minuciosidad, a nuestro juicio, en la utilización de la transcripción y transliteración de los términos; es de valorar, por el contrario, la precisión que hace de algunos de ellos, concretamente de *polis* y *sacerdos*, en la actualidad bastante desvirtuados.

Un estudio que, como dice en su prólogo, «no pretende determinar las posibles relaciones e influencias del sacerdocio greco-romano sobre el cristianismo», deja a quien lo lee atentamente con la gran incognita de por qué no existió, desde siempre, un sacerdocio femenino, con autonomía propia. ¿Sería una respuesta el hecho de

que el concepto de religión como misterio merma mucho el conocimiento de su sacerdocio femenino?

Todo esto origina que recorramos el mundo greco-romano a través de sus religiones telúrico-mistéricas (iv a.C.-iv d.C.), donde la divinidad supera cualquier categoría humana, y donde también bajo la forma de misterio predomina el sacerdocio femenino. Es ésta una primera parte del trabajo rica en detalles y datos sobre la presencia de la sacerdotisa, destacando que su rasgo más marcado no es la función sacrificial ni el ministerio de la palabra, inexistente en esta constante religiosa tal como se entiende en nuestros días, sino la *re-presentation* de la divinidad. En definitiva, como dice el autor, son dioses y diosas forjados por los hombres.

Señalamos de esta parte el punto que desarrolla la carencia de evangelización en las religiones mistéricas en sus dos vertientes, a saber, la proclamación de la palabra y la enseñanza catequética.

La segunda parte ofrece el estudio de las sacerdotisas de las religiones celestes y étnico-políticas, en donde resalta el masculinismo, aunque se constata la presencia de sacerdotisas.

El recorrido es amplio desde el sacerdocio natural, es decir: el *pater familias*, *rex* o *imperator* y el sacerdocio de la *gens*, analizando el sacerdocio institucional-profesional y presentando no sólo las funciones de las sacerdotisas femeninas directamente estatales, sino también las principales diosas olímpicas que las requieren.

La tercera parte dedicada al judaísmo plantea la pregunta clave desde el comienzo: ¿existieron las sacerdotisas en esta religión? Tomando palabras del autor, respondemos: «no puede afirmarse, al menos de modo apodíctico, que el sacerdocio femenino no cabía en la religión israelita por culpa del masculinismo exclusivo de su concepción de la divinidad» (p. 366). Como consecuencia se lanza la pregunta: ¿el masculinismo del sacerdocio judío es un hecho histórico meramente sociológico o además es un dato de la revelación divina? Esto contrasta con el sacerdocio masculino y femenino de todos los pueblos con los que coexistió Israel. Todas las razones que se alegan carecen de eficacia probativa. En último término afirmaremos con el autor que el masculinismo del sacerdocio israelita, como su monoteísmo, no deja de ser un misterio (p. 373).

Interesante resulta, aunque sea breve, la exposición y el análisis desde la Filosofía, Sociología, Revelación, Teología e Historia de la Iglesia.

La última parte de este trabajo recoge todo el problema del sacerdocio femenino en el cristianismo de los primeros siglos, sobre el cual no existe un estudio monográfico. Si la proliferación de las sacerdotisas en las religiones greco-romanas, aunque el judaísmo careciera de ellas, puede hacernos pensar que por contagio se hubieran introducido en el cristianismo, el autor despeja toda duda al afirmar que esto no se da nunca en la ortodoxia cristiana.

En esta parte dedicada al cristianismo de los primeros siglos se concluye con una reflexión interesante y sugestiva acerca de la igualdad óptica de todos los cristianos al margen del sexo y la diferenciación funcional, ya que esta unidad óptica no es monolítica ni amorfa, sino orgánica.

Concluimos después de una lectura reflexiva que el trabajo es una aportación muy válida no sólo desde el campo filológico, sino muy especialmente desde la estructuración y planteamiento de su contenido, aunque el espacio cronológico sea tan concreto, lo que ha obligado al autor para bien de los lectores y de trabajos posteriores a referirse a y dejar planteadas cuestiones de gran actualidad y muy conectadas con el título del trabajo.

Finalmente el libro presenta una serie de índices que facilitan muchísimo la búsqueda de cualquier información puntual.

M.^a JOSÉ LÓPEZ DE AYALA

III. HISTORIA Y SOCIEDAD

Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Vitoria-Gasteiz, 6-10 mayo 1985). Editadas por J. GORROCHATEGUI, J. L. MELENA y J. SANTOS. Vitoria, Universidad del País Vasco, 1987, 537 pp.

Durante los días 6 al 10 de mayo de 1985, se celebró en Vitoria el cuarto coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, tras los encuentros de Salamanca (1974) Tübingen (1976) y Lisboa (1980), organizado por el Instituto de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad del País Vasco, con la ayuda de la Diputación Foral de Álava y del Gobierno Vasco.

Para la edición de estas actas, se han seguido las directrices señaladas en las terceras por J. de Hoz, agrupándose los artículos en tres grandes apartados, el primero de los cuales se dedica a cuestiones de lingüística y onomástica, el segundo a temas de arqueología y epigrafía, y el tercero a temas de historia y numismática. Dentro de la primera parte se incluye la ponencia de A. Tovar, «Lenguas y pueblos de la antigua Hispania: lo que sabemos de nuestros antepasados protohistóricos», y las de J. Untermann, «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch» y «La gramática de los plomos ibéricos», así como la de J. Gorrochategui sobre la clasificación del lusitano.

También forman parte de este primer conjunto, las exposiciones de L. Michelena, «Baskisch = Hispanisch oder = Gallisch?», y de K. H. Schmidt, «The two Ancient Iberias from the Linguistic Point of View»; de forma semejante a las comunicaciones que M.^a L. Albertos Firmat presentase sobre onomástica de Celtiberia, y sobre antroponimia indígena de los pueblos del NO., en el segundo y tercer Coloquio respectivamente, esta misma autora realiza aquí un interesante trabajo sobre la onomástica personal indígena de la región septentrional, en el que aplica el mismo esquema ya utilizado con anterioridad, enumerándose los nombres por orden alfabético y por familias antroponímicas. También M.^a L. Albertos Firmat lleva a cabo un estudio sobre las aspiradas en las lenguas paleohispánicas, revisando la relación de nombres en *F* que aparecen en la obra de U. Schmoll (*Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden 1959), y añadiendo algunos testimonios recogidos debidamente comprobados; no menor interés presentan las ponencias de S. Mariner «Latin y paleohispánicas, lenguas en contacto», de C. de Simone, «La lingua etrusca oggi: prospettive di ricerca», y de M.^a M. Alves-Dias, «Antroponimia de Cárquere, Resende, Viseu (Lusitania portuguesa)».

La segunda parte de estas actas se dedica, como ya hemos indicado, a cuestiones epigráficas y arqueológicas, comprendiendo en primer término los trabajos de C. de Melo Beirão *et alii*, «Um depósito votivo da II Idade do Ferro, e as suas relações com as culturas da Meseta», y de M.^a G. Pereira Maia, «Dois Larnakes da Idade do Ferro do Sul de Portugal». Por su parte F. Jordá Cerdá en su comunicación sobre la celtización tardía de Asturias, ofrece una serie de datos que implican una mejor orientación del tema desde puntos de vista historico-arqueológicos. Estos mismos criterios arqueológicos están presentes en los textos presentados por I. Barandiarán

sobre presupuestos culturales a la prehistoria de los pueblos del Pirineo occidental y zonas aledañas, y de A. Beltrán sobre las excavaciones de Contrebia Belaisca. De interés resultan las contribuciones de J. A. Correa sobre el signario tartesio, y de J. de Hoz sobre la escritura greco-ibérica, insistiendo en cuestiones problemáticas en cuanto al origen, adaptación del alfabeto griego a la lengua ibérica, condiciones históricas que hicieron posible tal adaptación, etc.

Es de destacar la breve presentación que hace G. Pereira Menaut de una nueva *tabula patronatus* del noroeste, semejante a la de Castromao, así como el estudio ofrecido por A. Rodríguez Colmenero sobre un grupo de doce nuevos teónimos galaicos como *Rurifebo*, *Diis Varicis*, *Proinetie*, etc., y la corrección de otros cinco como *Asurniae* por *Munidia*, planteándose toda una serie de consideraciones histórico-jurídicas derivadas de este importante conjunto. También se incluyen en este apartado las comunicaciones de J. D'Encarnação, «Omissão dos teónimos em inscrições votivas», J. Cardim Ribeiro, «Aponianicus Poliscinius: um falso teónimo», y F. J. Oroz, «Sobre los epígrafes ibéricos de las ánforas de Vieille-Toulouse».

La tercera parte del volumen se refiere a problemas de historia y numismática, iniciándose con el muy sugerente trabajo de M.^a C. González Rodríguez y J. Santos sobre las *gentilitates*. En torno a la debatida problemática de los vascones y su área de influencia se centran las exposiciones de G. Fatás, «Notas sobre el territorio vascón en la edad antigua», y la muy extensa de J. J. Sayas, «Indoeuropeos y vascones en territorio vascón». Por su parte J. Gil aborda en su comunicación las relaciones y posible identificación entre Tarsis y Tarteso, mientras que el prof. J. M.^a Blázquez dedica su estudio al análisis de los escudos con escotadura en V, replanteándose cuestiones en torno a su procedencia e interpretación y realizándose un catálogo de los ejemplares hasta hoy conocidos. Asimismo las contribuciones de M. Maia, «Algumas reflexões em torno da cultura do Sudoeste», L. Coelho y M. M. Alves Dias, «South-West Iberian early iron age: a theoretical hypothesis», y T. Judice Gamito, «Social and economic complexity in SW Iberia (800-500 b.C.)», se recogen en este mismo apartado que concluye con la comunicación de M. P. García Bellido sobre las leyendas e imágenes púnicas en las monedas «libiofénices» o acuñaciones en bronce, que pueden datarse aunque sin plena seguridad entre la segunda mitad del s. II y la primera del s. I a.C.

Finalmente, unos útiles índices de autores, palabras, nombres y fuentes más un último de abreviaturas de publicaciones más manejadas, cierran estas actas que suponen sin duda una notoria contribución en el estudio de los múltiples problemas relacionados con las lenguas y culturas paleohispánicas, y que esperamos se puedan ver continuadas con las de futuras convocatorias.

G. CARRASCO SERRANO

GONZÁLEZ, JULIÁN, y ARCE, JAVIER, edd.—*Estudios sobre la «Tabula Siarensis»*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Madrid 1988, 332 pp + 38 figuras.

Se recogen en este libro, que hace el número IX de los Anejos del *Archivo Español de Arqueología*, las actas del Coloquio que hace ya tres años, en 1986, se celebró en Sevilla dedicado al estudio de la *Tabula Siarensis*. La publicación ha sido financiada, como los propios editores señalan en las páginas iniciales, conjuntamente por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Junta de Andalucía.

La *Tabula Siarensis*, consistente en dos fragmentos de bronce en los que se recogen los senadoconsultos *de honoribus Germanici decernendis*, así como la disposición legal que los desarrolla, la Ley Valeria Aurelia, ha suscitado una copiosa producción bibliográfica desde su descubrimiento y publicación (1982-1984), lo que hacía inevitable la convocatoria de un Congreso como éste en un plazo breve de tiempo, como así ha ocurrido. En palabras de su organizador, Julián González, los objetivos de la magna reunión eran el estudio de «los aspectos destacados y novedosos» de la *Tabula* así como el de su contexto histórico, en tanto en cuanto «se trata de uno de los períodos históricos más conflictivos y, al mismo tiempo, fructífero de la Historia Antigua: aquel en que se ponen los cimientos de ese gran edificio que fue el Imperio Romano» (p. 9).

En líneas generales, el tenor de los diversos trabajos se ajusta a lo enunciado más arriba. Así, entre los que se dedican de forma más específica al estudio de la *Tabula*, J. S. Richardson (pp. 35-41) examina su texto, junto con el de otras inscripciones —la *Tabula Hebana*, CIL VI 31199 y la *Tabula Ilicitana*—, en relación con su documento original, la *Rogatio Valeria Aurelia*. Manuel M. Ruiz Delgado (pp. 75-89) lleva a cabo un estudio arqueológico del yacimiento de la Cañada, de donde procede la *Tabula*, en tanto que Julián González (pp. 91-126) se centra en la epigrafía del lugar. El mismo autor ofrece, en un apéndice (pp. 307-315), el texto y la versión al castellano de la inscripción. Otras ponencias parten de alguna cuestión directamente relacionada con aquélla para adentrarse a continuación en asuntos más generales: P. Le Roux (pp. 21-33) discute acerca del emplazamiento de *Siarum* y su estatuto político para, a partir de aquí, analizar la actitud adoptada por los notables de la Bética en relación con el culto imperial; C. Castillo (pp. 233-243) centra su intervención en el estudio de las ciudades y ciudadanos adscritos a la tribu Galeria, a la que pertenecerían los *Fortunales Siarenses*.

Más numerosos son los trabajos que intentan perfilar el contexto histórico general en que se debe encuadrar la *Tabula Siarensis*. Así, Fergus Millar (pp. 11-19) se refiere a lo que es la naturaleza de la *Res Publica* (concepción del Estado, imagen del Emperador, estructuración general de la vida política y social de Roma...) en el curso de los primeros años del reinado de Tiberio. Javier Arce (pp. 43-50) precisa los hechos históricos —a saber, los funerales de Germánico— y toda su problemática a partir, sobre todo, de las fuentes literarias. M. Crawford (pp. 127-140) intenta dilucidar el grado y las circunstancias del conocimiento de la legislación entre los romanos de finales de la República y comienzos del período imperial. V. Laffi (pp. 141-156) lleva a cabo un examen diacrónico de los límites de las competencias judiciales de los magistrados locales, así como los casos en que tal situación se veía modificada. J. M. Santero Santurino (pp. 169-184), a quien se dedica el libro a título póstumo, analizaba los efectos de la actuación política de Augusto y sus sucesores en relación con el fenómeno asociativo entre la plebe romana. F. J. Lomas (pp. 185-199) hace un alegato de la sinceridad y honestidad políticas de Tiberio en sus ofrecimientos de colaboración en las tareas de gobierno al Senado. Más centradas en la provincia de la que procede la *Tabula Siarensis* nos encontramos con ponencias como la de J. M. Blázquez (pp. 201-232), que lleva a cabo un estudio de carácter general de la Bética a comienzos del período imperial: economía, sociedad, poblaciones, política colonial, arqueología, etc. H. Galsterer (pp. 61-74) aborda la debatida cuestión de la existencia de diversos tipos de estatuto político para las ciudades de la Bética entre los siglos I a.C. y I d.C.

Aún hemos de considerar un tercer grupo de intervenciones cuya temática, si

bien igualmente apasionante, no presenta una relación tan evidente con la *Tabula Siarensis*: W. Trillmich (pp. 51-60) lleva a cabo un estudio arqueológico de algunos monumentos dedicados a Germánico como parte de los honores fúnebres que se le tributan; E. Gabba (pp. 157-168) versa acerca de la *Lex Coloniae Genitivae Iuliae* según aparece recogida en una tabla de bronce hallada en Osuna; G. Pereira (pp. 245-259) analiza los cambios acaecidos en las estructuras sociales y políticas de los pueblos indígenas del norte de Hispania, sobre todo en *Gallaecia*, en un momento anterior al proceso de romanización de la zona; José d'Encarnação (pp. 261-276) plantea una revisión crítica de los diversos enfoques metodológicos aplicados al estudio de las divinidades indígenas de Hispania; R. Mar y J. Ruiz (pp. 277-304), por último, centran su estudio en el hecho de la dedicación de las basílicas al culto imperial a partir de Augusto, con algunos ejemplos en Hispania: *Emporiae*, *Tarraco* y *Clunia*. Al final de la obra se adjunta un índice temático elaborado por Almudena Oreja.

Como el propio lector habrá podido advertir, los *Estudios sobre la Tabula Siarensis* constituyen una obra de obligada consulta, no sólo para todo lo referente a la *Tabula* en sí, sino también para algunos de los problemas de mayor relevancia que plantea una de las épocas cruciales de la historia de Roma: los primeros años del período imperial, bajo Augusto y Tiberio, de forma especial en la Bética.

JOSÉ JOAQUÍN CAEROLS PÉREZ

GARRIDO GONZÁLEZ, ELISA.—*Los gobernadores provinciales en el Occidente bajo-imperial*. Madrid, Universidad Autónoma, 1987, 280 pp.

La obra que reseñamos constituyó básicamente la tesis doctoral de su autora, y en ella se aborda la administración provincial romana en Occidente a lo largo del siglo IV d.C., concretamente entre los años 284 y 395 d.C.

El volumen aparece estructurado en cuatro grandes apartados, más un último dedicado a los fastos de los gobernadores provinciales. En el primero de ellos y a modo de introducción, se exponen los principales ejes en torno a los que se ha realizado la investigación, así como también el tipo de fuentes manejadas, de carácter administrativo como la *Notitia Dignitatum*, el *Laterculus Veronensis*, la *Notitia Galliarum*, etc., de tipo legislativo (Código de Teodosio, etc.), epigráfico (*Corpus Inscriptionum Latinarum*), literario (Símaco, Amiano Marcelino, etc.) y la documentación hagiográfica, tenida asimismo en cuenta como importante fuente de información.

El segundo apartado se dedica a la Prefectura de la Galia y está dividido en cuatro capítulos que se corresponden con las respectivas diócesis. Por lo que respecta a la diócesis de la Galia, integrada por once distritos administrativos, solamente se constata los nombres de 13 gobernadores provinciales, siendo mayoritariamente de procedencia occidental, aun cuando se reconoce la imposibilidad de realizar un cuadro exhaustivo en cuanto al origen de éstos debido a la misma escasez de datos, que condiciona igualmente la cuestión de la ideología religiosa y de las propias carreras políticas. Muy escasa es también la documentación prosopográfica para la diócesis *Viennensis*, de la que se registran tan sólo nueve gobernadores, la mayoría de ellos paganos, entre los que destaca *Saturninus Secundus Salutiarius*, de origen noble, durante el período de Constante.

La diócesis de *Britannia*, por su parte, con sus cinco provincias *Britannia Prima*, *Britannia Secunda*, *Maxima Caesariensis*, *Flavia Caesariensis* y *Valentia*, es la que me-

nos información proporciona sobre los problemas de la administración provincial durante el siglo IV, por cuanto a excepción de *Britannia Prima*, en la que se registra el nombre de un gobernador *L. Septimius* del que además existen serias dudas a la hora de determinar la fecha exacta de su mandato, el resto de los distritos no ha proporcionado el nombre de ninguno de sus altos magistrados pertenecientes al período objeto de estudio, conociéndose tan sólo cuatro casos de los que se ignora la provincia donde ejercieron su cargo. Esta escasez de documentación podría ser, según la autora de la obra, «un reflejo de la falta de interés que el cuerpo gobernante sentía hacia esa región, por lo que los gobernadores no dejaban testimonio de su paso por las provincias de esta diócesis».

El último capítulo dentro de este apartado se dedica a la diócesis de *Hispania*, integrada por seis provincias, *Baetica*, *Lusitania*, *Carthaginensis*, *Gallaecia*, *Tarraconensis* y *Mauritania Tingitana*, a las que se agregó las *Insulae Balearum* en fecha muy discutida (398-9?). La evidencia prosopográfica arroja para esta diócesis un total de 34 gobernadores conocidos, aun cuando su distribución en las distintas provincias presenta un carácter muy desigual, así mientras en la *Tarraconensis* se registran once funcionarios y en *Lusitania* nueve, la *Balearica* no ha transmitido el testimonio de ninguno de sus gobernadores, constatándose tan sólo uno, *Lucilius Constantius*, en la *Mauritania Tingitana*. Por otra parte, y en cuanto al origen geográfico de éstos, se manifiesta claramente occidental, conociéndose con plena seguridad la procedencia de doce, de los cuales cinco son de la P. Ibérica, tres itálicos, dos galos y otros dos de África; por lo que respecta a su adscripción religiosa, se acepta la opinión de J. J. Sayas sobre la amplitud de la representación de la ideología cristiana frente al paganismo.

El tercer apartado en que aparece estructurada la obra se dedica a la Prefectura de Italia, África e Ilírico, estando subdividido en las correspondientes diócesis al igual que el apartado anterior. En relación a la diócesis de *Pannonia* se registra un total de veintiún gobernadores a lo largo de este siglo, distribuyéndose de forma desigual entre las diversas provincias ocupando el mayor número *Dalmatia* y *Pannonia Inferior* o *Secunda*, que serían las dos circunscripciones que jugarían un papel notorio en la política del s. IV d.C. La procedencia de estos magistrados es diversa, a pesar de ser las regiones occidentales las más representadas, destacándose además, en cuanto a su origen social, una mayor presencia de la aristocracia, siendo predominantemente paganos. Para la diócesis de *Italia Annonaria* la documentación prosopográfica, por su parte, arroja un total de 41 nombres de gobernadores, cuya distribución no es tampoco homogénea ni espacial ni temporalmente, así mientras la *Venetia et Histria* y *Aemilia et Liguria* proporcionan los nombres de catorce y ocho dignatarios respectivamente, en el distrito de los *Alpes Cottiae* solamente se registran tres casos, concentrándose la mayor parte de la información en época de Diocleciano, y siendo el origen geográfico de los casos conocidos occidental y más concretamente itálico. La adscripción religiosa de la mayoría de ellos es favorable al paganismo, debido como bien se indica a la constante presencia de la aristocracia senatorial en los cargos administrativos de este ámbito.

Por lo que concierne a la *regio suburbicaria* dividida en sus nueve circunscripciones administrativas, se atestiguan 188 gobernadores, siendo el período de Diocleciano y Constantino donde se registra el mayor número de funcionarios, testimoniándose una presencia superior de nombramientos entre occidentales y destacándose una importante representación entre las más notables familias aristocráticas que tenían grandes intereses políticos y económicos. En cuanto a las carreras político-ad-

ministrativas, se comprueba que un número nada despreciable de funcionarios iniciaron su *cursus* en el ejercicio de los cargos tradicionales, habiendo desarrollado la mayoría su actividad en Occidente, aun cuando no falte quien desempeñó algún puesto en la *pars orientis*, y advirtiéndose cómo el objetivo de todas estas carreras lo representa la prefectura de la ciudad de Roma, al igual que en la *regio annonaria*. Finalmente y en relación con la diócesis de África es abundante la información propogográfica disponible, siendo un total de 183 gobernadores registrados, conservándose nombres en todas las provincias, aun cuando el mayor número de funcionarios se encuentra en *Africa Proconsularis* cuyos *fasti* están prácticamente completos, y siendo en el período tretárquico donde se contabiliza una más elevada proporción. Desde el punto de vista del origen geográfico son mayoría los procedentes de la *pars occidentis* y en concreto de Italia y de la propia Roma, siendo mayoritariamente paganos, al ser ésta una zona donde la aristocracia senatorial conserve un gran poder.

Con unas útiles conclusiones y un apéndice dedicado a los gobernadores provinciales, más un sucinto apartado bibliográfico que creemos se ofrece reducido en exceso, independientemente de las frecuentes citas a lo largo del volumen, se cierra esta obra que constituye pese a todo un estudio realizado con rigor y seriedad sobre un aspecto tan problemático del Bajo Imperio como es la administración, en este caso de Occidente.

G. CARRASCO SERRANO